



CIENTIFICO-LITERARIA
 AGRICOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,
 D. Eduardo Portalés Segura

REDACTORES,
 D. Enrique Segura. | D. José Fola Igurbide.
 D. Cayetano Huguet. | D. Fernando Sasset.
 D. Bernardino Montiel. | D. Carlos Llinao.
 D. Enrique Beralea.

— AÑO V. — Castellon 21 Junio de 1885. — NÚM. 21. —

SUMARIO. El Castellonero, por «Ramiro Ripollés».—Más sobre el castellonero, por «José Fola Igurbide».—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: En el álbum de la señorita D.^a Clementina Meifreu, por «B. Montiel».—Contraste, (soneto) por «G. S.»—Rimas, por «José Martínez Medina».—Oyes?... (poesía) por «M. Gimeno Laplace».—Cubiertas y anuncios.

EL CASTELLONERO

Sr. D. Eduardo Portalés, director de la REVISTA DE CASTELLON.

Valencia 9 Junio 1885.

MI querido amigo y compatriota: Con asombro y pesar acabo de leer el artículo que bajo el epígrafe *El Castellonero* ha salido á luz en el último número de tu ilustrada publicación.

Con asombro grande, porque acostumbrado á la mesura, delicadeza y buen gusto que en todos los trabajos de mi querido amigo D. José Fola resplandecen, apenas puedo convencerme de que sea tan distinguido literato el autor del mencionado artículo, por más que claramente veo estampado al pie su nombre y ambos apellidos; con profundo pesar, porque he sentido mi propia dignidad herida, al ver en el mal llamado boceto herida la dignidad de mi pueblo natal, al que tanto quiero, al que ni cortas ni largas ausencias pueden hacerme olvidar y

por cuyo honor y buena fama estoy y estaré siempre dispuesto á luchar con mis escasas pero decididas fuerzas

Seguro estoy de que otros con más títulos y más ilustración que yo, se apresurarán á señalar los grandes defectos, marcadas incorrecciones, exageradas tintas y notables inexactitudes del cuadro que nos ha dado á conocer mi amigo Fola, desvaneciendo así el mal efecto que creo ha de producir á todos los buenos castellonenses que lo contemplan; pero ya que por mala ó buena suerte han venido á tropezar con él mis ojos, ya que más de una vez he ensalzado virtudes y glorias y hazañas del pueblo que me dió el sér, firme y consecuente en mis creencias en pobres versos vertidas y siempre bueno y amante hijo de Castellon, pareceme que no debo, ni de ninguna manera puedo dejar de contribuir hoy con mi desaliñada pluma á corregir aquellos defectos, hacer patentes aquellas incorrecciones, amortiguar aquellas tintas y reducir á la verdad aquellas inexactitudes, en justa defensa de mis queridos compatriotas, en justa defensa del

carinoso hogar donde por dicha mia se meció mi cuna.

Permite, querido Eduardo, que muestre ante todo mi estrañeza de que hayas autorizado la publicacion del referido artículo en la acreditada REVISTA; porque hijo tú como yo de Castellon, como yo debes amar sus hombres y sus cosas, y no se comprende bien que á las deferencias y atenciones que se pueda merecer un redactor amigo, si quiera éste sea el de tus preferencias, hayas pospuesto las atenciones que indudablemente te merecen tus compatricios y el entrañable cariño que me consta profesas á nuestra comun pátria. Por tu nombre de buen patricio y por el crédito de tu semanario, yo espero de tu ilustracion y buen criterio que dejarás perfectamente aclarado este punto que ahora aparece para mí y para todos inesplicable.

Y vamos ya con *El Castellonero*.

Dispéñeme mi amigo Fola, pero él que tantas pruebas tiene dadas de ser un concienzudo escritor, él en cuyos trabajos siempre me he complacido en reconocer además de extraordinaria galanura en la frase, notable discrecion en el desarrollo y esquisita delicadeza en el concepto, ha olvidado por esta vez esas buenas cualidades, apareciendo todas las contrarias en el desdichado boceto que de los hijos de Castellon y sus costumbres en mal hora ha pretendido hacer. ¿Y por qué esto? Pues simplemente porque ha andado muy desacertado en la eleccion de asunto; porque el escritor que se propone corregir costumbres, no debe hacerlo de la manera tan directa y descarnada como lo ha hecho esta vez el señor Fola, y porque escribir un artículo con el solo objeto de sacar á relncir las faltas ó defectos de un individuo ó de un pueblo, es siempre, entre escritores que como mi amigo Fola se estiman, poco galante, nada delicado y de muy mal gusto.

Yo deploro tener que decir estas cosas del último trabajo del señor Fola, con mayor motivo, cuanto que para todos los demás que ha producido su ingenio, no hallo frases bastantes con que hacer el merecido elogio.

Pero es que el señor Fola, no solo ha tenido mal gusto en la eleccion de asunto, sino que lo ha tratado con muy poco ó ningun conocimiento de lo que es Castellon. Desconocimiento que yo le perdonaría en consideracion á no ser paisano mio, si no hubiese escrito el artículo *El Castellonero*.

Aparecen en éste tantas exageraciones, tantas inexactitudes y tantos conceptos equi-

vocados, que no puedo ménos de descender á indicarlos detalladamente, aunque para ello tenga, mi querido Eduardo, que molestar demasiado tu amable atencion y la de los ilustrados lectores de tu REVISTA.

En primer término, debo hacer notar á mi amigo Fola, que la palabra *Castellonero* nunca ha sido el nombre genérico con que se ha distinguido á una parte de los hijos de Castellon, como en su artículo parece pretender. La palabra *Castellonero* es un epíteto que en son de mofa ó burla suele aplicarse á todos los naturales de la ciudad por algunos vecinos de pueblos de la misma provincia, sin duda como consecuencia de esas rivalidades tan frecuentes entre los distritos rurales y las capitales. Y hé aquí que solo el título del trabajo del señor Fola es ya inexacto, y á más de inexacto ofensivo, sin que por desgracia pueda hallar disculpa mi querido amigo, pues demasiado debe saber que no estamos divididos en razas de castellonenses y castelloneros; y por si acaso no lo supiese, yo le aseguro que todos, absolutamente todos los hijos de Castellon, en realidad de verdad y segun las reglas del bien decir, somos castellonenses.

Queda esto sentado y pasemos adelante.

Empieza el señor Fola afirmando que Castellon progresa; y que progresa de tal modo, que «no lo conocería ninguno de sus habitantes de primeros de siglo, si resucitase para ello,» pues «costumbres, hábitos, caracteres... todo se ha corregido y modificado á la accion del tiempo.»

¡Hermosa afirmacion que me llena de júbilo y orgullo! ¡Hermosa afirmacion, que hecha por el señor Fola que no es castellonense... ni castellonero, no puede probar más clara é imparcialmente que nuestro Castellon no permanece estacionario y que no se queda á la zaga en el ancho camino que recorren los pueblos amantes de la civilizacion moderna y ansiosos de los contemporáneos adelantamientos.

Pero pronto viene á caer mi gozo en un pozo, como vulgarmente se dice, cuando el señor Fola hace una escepcion en la cual, ó yo me equivoco mucho, ó se nos incluye á todos los castellonenses, convirtiéndola por tanto en regla general y dejándonos á todos en la triste y poco simpática categoria de castelloneros.

Para convencerse de esto, baste decir que componiéndose Castellon de hombres de ciencia, artistas, comerciantes, industriales, señores y casi en su totalidad de

labradores, ninguna de estas clases escapa al mal humorado pincel del mal llamado bocetista que en esta ocasion no ha hecho si no dejarlas pegadas en el lienzo en anti-pática y repugnante caricatura.

No cabe duda; el intento del señor Fola podrá haber sido únicamente presentar un tipo con que lucir las galas de su indisputable habilidad descriptiva, pero de tal manera lo ha hecho, que además de ser la pintura exagerada y nulo el parecido, nos ha pasado revista á todos los castellonenses, y como á todos nos ha hallado igualmente feos, á todos ha tratado de caricaturarnos con los más ridículos contornos de su lápiz y los colores más chavacanos de su paleta. ¡Y preciso es confesar que, bajo este concepto, no ha podido estar el artista más cuidadoso en los detalles, ni más espresivo en la manera de exteriorizar su pensamiento!

El *Castellonero*, en general, es un Sancho Panza más envidioso y astuto que el Sancho del *Quijote*; poco idealista y muy presumido; aferrado á lo antiguo, poco amigo de conflictos y eclético por conveniencia; su única ciencia es la rutina á la cual rinden vasallaje profesores, comerciantes, industriales y artistas; indolente y perezoso, lo desconocido y lo indiferente le son sinónimos; es hostil á toda reforma; sus luchas se distinguen por el sello de una infinita pequeñez; es crítico, reticente, insidioso, intrigante, mangoneador y malicioso; es buen esposo y buen padre, y nada más, porque el parentesco con sus padres, con sus hermanos y con todos los demás, le abrumba extraordinariamente y lo suprimiría de un plumazo si pudiera. Si se dedica á los negocios mercantiles, pronto se tocan los resultados de su desenvoltura y astucia en tales asuntos; es gran manipulante en suministros, contrata y todo aquello cuya explotacion sea fácil y corriente, aunque para el logro del negocio se mueran de hambre los suministrados. Si lleva levita, si procede del antiguo *Siñoriu* de Castellon, se cree superior á todos en méritos é inteligencia y es ridículamente orgulloso. Si es labrador, si es *llaurisio*, es el más Sancho de todos los Sanchos porque la astucia y la malicia imperan en él en su grado, así como la ignorancia más crasísima, caracteres de que goza toda la especie, por lo cual hasta en el *Castellonero* más encopetado siempre se encuentra algo que tira á *femater*; cumple los preceptos de la Iglesia y es un escéptico solapado que carece por completo de fé; es un *buen su-*

geto.... con las convenientes reservas; hace las limosnas que puede, pero nunca puede hacer ninguna, pues los sobrantes de que dispone los emplea en llenar ciertas exigencias de la vida particular; es un sér completamente anti-estético en el que las ideas levantadas, el noble sacrificio, las acciones generosas ... nada de lo que hace vibrar las cuerdas más sensibles del alma le conmueve profundamente; lo único que le conmueve y le deja embebecido en un éxtasis casi religioso, es hablar de una *paella* en la que haya mucha comida y sobre todo mucho vino; y su único ideal, en fin, la dorada meta de sus más caras aspiraciones, el emblema de la felicidad humana es posesionarse de un *carrito* y un *machito*.

Hé aquí, en resumen, el boceto del señor Fola, suprimidos ciertos toques del *Castellonero* político, del cual no quiero ocuparme, porque no opino, como el redactor de la REVISTA, que sea esta publicacion campo apropiado para ocuparse de nada que con la política tenga relacion....

¡Qué cuadro, Dios mio! Si los hijos de Castellon somos tal como el señor Fola nos ha pintado, baldon para nosotros, baldon y vergüenza y desprecio de todas las gentes honradas y bien nacidas. Si todo eso es exacto, somos indudablemente una raza degradada que debe formar concierto aparte de la noble, hidalga y caballerosa raza española. Si el señor Fola tiene la conviccion de que así somos, no sé qué hace mi pulcro amigo señor Fola que no huye espantado de tanta corrupeion y podredumbre. Si á pesar de todo no se sustrae de ese inmundo foco y continúa escribiendo bocetos por el estilo del que ahora ha escrito, casi estoy por sospechar, aunque con hondo sentimiento, que el señor Fola se ha inficionado y es ya el *Castellonero* más perfecto y acabado de todos los castelloneros que su magín haya podido soñar.

Pero afortunadamente no es cierto tanta fealdad. Castellon, por ser esencialmente agrícola, podrá no tener las pulcras y atildadas costumbres de otras ciudades. podrá no estar habituada á esas empalagosas formas aristocráticas y cortesanas de las grandes capitales, podrá carecer de ilustres Academias y Ateneos, teatros y otros centros en donde se desarrolla la vida moderna de las ciencias y las letras, podrá, en fin, no ofrecer á los ojos del forastero ese vertiginoso movimiento de los pueblos fabriles y comerciales; pero de eso á decir que en Cas-

tellon impera un perjudicial y arraigado amor por lo rancio y lo vetusto, de eso á decir que Castellon se opone á toda reforma que tienda á su mejoramiento, de eso á decir que Castellon no anhela y no trabaja constantemente por levantarse en la medida de sus fuerzas al nivel de las más cultas ciudades, de eso á decir que los castellonenses rehuyen marchar por los senderos de la ilustracion y el progreso, de eso á tratarlos ni más ni ménos que como igorrotos, vá tan inmensa distancia como de lo real á lo ilusorio, como de lo cierto á lo fabuloso, como de la verdad á la mentira.

¿Pues qué quiere el señor Fola que sea Castellon? ¿Pretende, acaso, que como otras populosas capitales, centros de extensas circunscripciones, la vida científica, artística, industrial y comercial tome inmenso vuelo y sea la ciudad adonde afluyan nacionales y extranjeros á admirar la grandeza de sus fábricas, la suntuosidad de sus edificios, la esplendidez de sus teatros y circos, la inmensidad de sus calles y plazas y la magnificencia de sus paseos y jardines?

Yo agradezco al señor Fola estos buenos deseos, si es que son los suyos, porque tambien yo quisiera para mi querido Castellon tanta belleza. Pero déjese el señor Fola y dejémonos entrambos tamañas imaginierías de poeta, y miremos estas cosas por el lado de la realidad que es únicamente por el que deben mirarse, si se que con ello se ha de alcanzar algun resultado práctico.

Fuera de un centenar de personas que poseen un título académico, fuera de dos docenas de propietarios que viven modestamente de sus rentas, fuera de un número reducido de comerciantes é industriales, que no pueden extender sus negocios más allá de lo que la comarca y la situacion especial de nuestra ciudad permiten, y fuera de esa no muy grande poblacion flotante de funcionarios del Gobierno que trae consigo la capitalidad de provincia, Castellon se compone en su inmensa mayoría de labradores cuya actividad no se desarrolla ni debe desarrollarse en la ciudad, porque su centro propio es el campo y no el mullido divan de un casino ó un centro científico, ni la cómoda butaca de un teatro, ni el enarenado anden de un paseo.

Hé aquí esplicada esa falta de vida científica y literaria, esa falta de ilustracion y, hasta si se quiere, ese relativo atraso en que Castellon yace y que tanto procura hacer resaltar mi amigo Fola en su boceto, sin cui-

darse de dar una pincelada siquiera en el fondo que justifique lo sombrío de las figuras.

No; no es el carácter de los castellonenses lo que influye para que no progresen tan rápidamente como yo y tal vez mi compañero de letras y todos, sin duda, desearíamos; la causa próxima, directa y eficiente de que tan laudables aspiraciones no se realicen en breve tiempo, es el medio mismo en que se vive, es el conjunto de circunstancias por las cuales las cosas no pueden ser de otra manera que como son. Colóqueme el señor Fola á Castellon en otras condiciones que no sean las que actualmente tiene, cuales son, la de su situacion topográfica, su extension, su proximidad y relaciones con otros pueblos, sus necesidades y otras muchas que seria prolijo enumerar, y yo que tengo más motivos que mi amigo para conocerlos, le aseguro que poco tiempo habia de trascurrir para que los hijos de Castellon fuesen tan aptos, tan industriosos y tan ilustrados como puedan serlo los hijos del pueblo que en España se halle más adelantado.

No son inteligencias lo que á nuestra ciudad hacen falta. El terreno no es tan fértil como suele decirse, ni los productos agrícolas tan ricos y abundantes como algunos pretenden, y lo que se necesita son fuerzas que venzan á las resistencias que en el suelo existen. Por eso con cabezas ilustradas que desenmarañasen los intrincados problemas filosóficos ó produjesen eminentes obras de arte, Castellon se moriría de hambre; y con nervudos brazos que arranquen la dura gleba al golpe de pesada y tosca hazada, Castellon ha prosperado, prospera é indudablemente seguirá prosperando. Por eso yo, á quien tal vez el señor Fola pretenda distinguir con el título de Castellonense, descubro mi cabeza ante esos á quienes él apellida *Uaurisios*, ante esos á quienes él llama *Castelloneros* astutos y maliciosos, ante esos hombres de atezado rostro en el que centellea la honradez bajo la oscura bóveda de la ignorancia, y saludo y reverencio en ellos á la más genuina representacion de la fuerte columna sobre que Castellon apoya su pasado, su presente y su porvenir, al más alto y venerable emblema de la constante virtud y del virtuoso trabajo.

Y hechas estas consideraciones, que espero no han de parecer impertinentes al objeto que debo proponerme y me propongo, pareciéndome esta carta demasiado larga, pasaré en otra á examinar los demás detalles del boceto, contando con que para estos mis

pobres escritos no me negarás un espacio en tu ilustrada REVISTA.

Ya sabes, amigo Eduardo, que te aprecio y considero mucho.

Ramiro Ripollés.

MÁS SOBRE EL CASTELLONERO

¡Válgame Dios, y qué espinosa es la tarea del escritor, así llene con su actividad una pequeñísima esfera de la vida social!... ¡Qué difícil ó imposible es sostener el equilibrio en ese alambre flojo que se llama la *opinion pública*, unas veces agitado por el desencadenado huracan de las pasiones y otras movido sútilmente por la mala fé... pero siempre en continuo vaiven por diversas fuerzas y contrarios impulsos!

¿Cómo había yo de creer, mísero de mí, que la amistad pudiera, en ningún caso, prestar su concurso á la obra fatal? ¿Cómo había yo de creer que mi artículo *El Castellonero*, según leal saber y entender de mi querido amigo D. Ramiro Ripollés, se dirijía á Castellon y no á ese espíritu frío, envidioso, lleno de presuncion y malicia á quien yo señalo con el calificativo de el *Castellonero*?

Amarga realidad que no puedo atribuir sino á un eclipse momentáneo del claro entendimiento de mi buen amigo, que saliéndose como por escotillon de la escena real donde tienen lugar los hechos, aparece en oscuro subterráneo, tomando los reflejos de la luz artificial por los resplandores del claro día y las sombras esparcidas aquí y acullá sin orden ni concierto, por séres vivos y cuerpos materiales como la más tangible realidad.

Solo por esta causa, puede explicarse un hecho tan incomprensible como el hecho de atribuirme propósitos que no tengo ni manifiesto, haciéndome reo de haber inferido ofensas á una tierra querida á quien todo lo debo; tierra que si no me ha visto nacer, me ha visto crecer, y á quien le pido, de todas veras, para la suprema hora de la muerte, *una tumba y una creu*, si el torbellino de la vida más, fuerte que la voluntad de los hombres, no me separa de sus amantes brazos.

¡Ah! mi querido amigo. ¡Qué servicio has prestado con el esfuerzo de tu inteligencia al espíritu odioso que en el seno de flores de tu tierra natal se oculta! ¡Con qué regocijo asomará la cabeza saludando al inesperado campeón, cuyo escudo y cuya lanza, estando destinados á su esterminio y para llevar á cabo más alabadas empresas, le ofrecen

rendido holocausto dispuestas al combate en su defensa!

Extraña ceguedad la de mi amigo.... Nadie que yo sepa de los buenos hijos de Castellon, aun los ménos familiarizados con mi manera de sentir, ha supuesto en mi artículo el alcance que él le ha dado... y esto solo debe atribuirse, no á que el Castellonense sea tardo en salir á la defensa de su dignidad herida, sino que la ofensa no existe, y yo declaro á los que otra cosa hayan podido creer, y lo declaro puesta la mano en el corazon y los ojos en mi Castellon amado, que jamás abrigué tal intencion, y que antes que mi pluma sirviera de instrumento á tan ciegos y bastardos fines, la rompería en mil pedazos para nunca jamás recojerla, como rompe su espada el honor, como arroja léjos de sí el pudor la infame joya que pone precio á su deshonra.

¿Pero cuál es el escotillon por donde se ha desvanecido como personaje de comedia de magia el perspicuo entendimiento de mi buen amigo? hé aquí lo que me prometo señalar sin esfuerzo alguno, pues la enorme grieta que se lo ha tragado permanece abierta á las miradas de todo el mundo.

Mi amigo se ha empeñado en que no debe existir ninguna diferencia entre el Castellonense y el *Castellonero* contra todos mis deseos y contra todas mis manifestaciones.

Hé aquí copiado textualmente el final de mi artículo, donde yo hago esta necesaria distincion....

«Un paso más en el camino del progreso, y el *Castellonero* desaparece de nuestras costumbres, empujémosle para que ruede á las simas del *olvido*, y levantemos de su oscura inercia la noble, la simpática figura del castellonense.»

De suerte que me endosa intentos que no abrigo para despues emprenderla conmigo á cuchilladas, y como nada más fácil que desfacer lo que no se ha hecho, ni derribar lo que no se ha construido, aparece mi amigo vencedor entonando el *hosanna* del triunfo sobre las ruinas de sus mismos enjendros.

Valiera más, sin duda ninguna, que el señor Ripollés, conociendo mis sentimientos, hubiera hecho más tangible aquella diferencia (si no la creía bastante) para ponerlos á salvo, pues siempre será obligacion inapelable del buen juicio desvanecer las falsas apariencias, que puedan desfigurar la sana intencion al traducirse en hechos y palabras y tomando formas de pecado lo que en el fondo viene á ser una virtud, que se esconde

como almendra dulce bajo una corteza amarga, porque supongo, aun prescindiendo de la claridad de mi artículo, que no deja duda respecto de mis honradas intenciones, que mi querido y antiguo compañero en la prensa, no me considera capaz de inferir, á sabiendas, una ofensa de tamaña naturaleza como me atribuye por el contenido de mi boceto.

Si mi tipo no tiene un nombre bien apropiado, ayúdeme el señor Ripollés á buscar otro que le cuadre más perfectamente; y el caso queda reducido á una cuestion de nombres.

Por lo demás, ¿quién le ha dicho al señor Ripollés que yo quiero admirar famosas obras de arte en Castellon? ... Se referirá tal vez á la campaña que hago en mis crónicas en favor de la construccion de un teatro, y donde dice teatro, habrá leído pirámides, y pensará que yo deseo para mi gusto y servicio especial ver instalada aquí una tan portentosa fábrica

Francamente, eso debe ser, porque entre considerar á Castellon como un emporio de bellas artes y considerarlo con la vergüenza de no tener ni un teatro siquiera, como el más detestable de los villoríos, me parece que existe un justo medio que puede servir de meta para nuestras aspiraciones, sin que se diga que son hijas de una vana fantasía ni de un exagerado positivismo; eso es lo que queremos para Castellon, y contra eso no se oponen ni las circunstancias que lo rodean, ni su riqueza, ni su comercio, ni su industria, ni siquiera su topografía, mal que pese á todas las estadísticas del mundo habidas y por haber.

Todo lo bueno que dice y opina el señor Ripollés de Castellon, lo digo y opino yo de la misma manera y aun aumentado en tercio y quinto.

No puede haber en esto contradiccion, porque no hay disparidad de juicios; cuando me separo del suyo, entonces me separo tambien del medio de expresion de que ambos nos servimos y en vez de castellonense digo *castellonero* para espresar con lo defectuoso de la denominacion los defectos de los denominados, como dice mi amigo Gasset, tomando esta palabra de instrumento de mis ideas respecto del nuevo y ridículo tipo á que me refiero en mi artículo, y así no cabe confusion ni aun en la forma, pues en el fondo nunca puede haberla, porque ya se sabe cuál es mi intento, y cada idea distinta tiene tambien su lenguaje distinto, y cada medio corresponde á su fin.

Ahora lo que cumple al señor Ripollés,

caso de no encontrar conforme el parecido, es dar nuevas pinceladas al boceto, emborronando estos contornos ó aquellos perfiles, ó cambiando ó modificando éste ó el otro color, ó quitando dimensiones al conjunto, hasta dar con el retrato que tenga verdadero calor de humanidad y sea la copia exacta del tipo que nos sirve de modelo, ó si lo cree así, negar su existencia, cosa que me parece imposible, pues demasiado sabe el señor Ripollés, que todas las colectividades ó agrupaciones sociales, tienen sus individuos típicos, en quienes encarnan las fealdades primitivas, fealdades que subsisten aun mucho tiempo despues de que por la accion del tiempo se opere en ellas un cambio de naturaleza que modifique su carácter general, en favorable evolucion hácia el perfeccionamiento de su cultura.

Paso por alto los calificativos algo duros que me dedica el señor Ripollés, como tambien los exagerados elogios que me tributa, solo haré observar á mi querido amigo, que lo injusto del ataque no puede nunca justificarse con lo inmerecido de la lisonja.

Tan traída por los cabellos es la interpretacion que hace el señor Ripollés del alcance de mi artículo, que no ha respetado límites ni fronteras, entrándose á saco por extraña jurisdiccion como ejército invasor que no reconoce más derecho que el derecho de conquista, y allá se mete tierra adelante, talando términos y vejando pueblos por el país, objeto de sus caprichosas correrías.

No ha existido consideracion ninguna que pueda haber servido de dique ó frontera al improvisado adalid de *El Castellonero*. Conocemos su genial y sus buenos sentimientos, y aseguramos que ha debido serle muy violento el ataque, hasta el punto de tener que dar un asalto al muro donde tremola la bandera de la REVISTA, y se resguarda nuestro Director, persona queridísima de entrambos combatientes, y por añadidura hijo de Castellon y castellonense hasta la médula de los huesos, quien ha permitido la publicacion de mi artículo, hecho incomprendible si se tienen en cuenta los probados títulos, fortísimo escudo y limpia historia que el señor Portalés puede ostentar como hijo amantísimo de su pátria nativa, y lo ha permitido porque opina de acuerdo conmigo y en conformidad con el comun sentir y pensar de los buenos hijos de este hermoso verjel, tan hermoso, que dudo exista otro semejante en tierra de España, que una cosa es el *castellonero* y otra el castellonense, como una

cosa es la virtud y otra es el vicio, y como es luz la luz y la sombra es sombra.

¿Qué pensaría el señor Ripollés de mí y de mi juicio si yo en vista de su actitud le atribuyese por igual desvanecimiento de la razón la defensa de *El Castellonero* y no la de el castellanense, ya que involucra ambos conceptos y le acusase de amparar la ignorancia, la envidia y el egoísmo, que son las dotes que yo supongo en mi tipo? Pues diría que me he vuelto loco, ó dudaría de la buena fé de mi amistad, pero tendría que sufrir las consecuencias de esta recíproca á la regla que él ha establecido.

Desisto de seguir, paso á paso, las doloridas declamaciones que en su larga epístola hace el impugnador de mi artículo, pero consétele que aquí al honrado labrador, al de la frente tostada por el trabajo, no se le llama *llaurisio*, como tampoco se les llama Quijotes ni Sanchos á todos los que habitan la Mancha, ni al político decente se le conoce por *cosiero*, esos nombres se aplican aquí solo á mi tipo, al *llaurisio* todo temperamento, ignorante y malicioso, y al que trafica con la política ni más ni menos que si fuera una mercancía; que á respetar y honrar el trabajo no me gana seguramente el señor Ripollés, que parece haber olvidado que yo soy un trabajador permanente, también de los más humildes, que consumo la mayor parte de mi actividad en los penosos cálculos de mi oficio, y que el resto de ella la empleo en el bien de Castellon, que considero como si fuera mi país propio, porque ya se ha contaminado mi sangre del calor de su suelo y me es costoso, si no imposible, dejarle por ningún otro, y tolero su modestia y su pobreza, y su falta de arte y todo lo que quiera el señor Ripollés con la mayor sumisión y gusto, y no cambiaría esta satisfacción por la que podrían proporcionarme otras opulentas ciudades, pues con el pedazo de pan que me dá, me considero feliz y contento aunque no sea tan blando y exquisito como quisiera mi paladar, y digo que el resto de mi actividad, terriblemente mermada por mi penosa y diaria ocupación, la empleo en bien de este país, porque creo que de ninguna manera se le puede servir mejor que escribiendo artículos como *El Castellonero* encaminados á poner de relieve los defectos que yo creo persisten, á pesar del progreso, y hacer un cuadro con tintas bien pronunciadas de todo lo feo, pequeño y monstruoso que pueda haber aquí dentro, el mal existe en todas partes, y

Castellon no puede eximirse de esta ley, y lo hago con el laudable fin de que los buenos castellanenses conozcan la mala yerba que existe en su sembrado y que esteriliza sus más fecundantes cosechas de bienestar moral y material, fuentes de su cultura y de su civilización y aparten sabiamente el grano bueno y sano del polvo y de la podre.

Holgárame yo y holgárame mucho de que trabajos de la índole de *El Castellonero* fuesen completamente inútiles, y preferiría mil veces la humillación y vergüenza de pasar por un mentecato á la dolorosa opinión que tengo arraigada en lo más vivo de mi conciencia de su perfecta utilidad, pues lo primero sería señal de que Castellon había llegado á la meta de sus caras aspiraciones y lo segundo revela que el espíritu odioso existe y que mi tipo aun sería más repugnante y concitaría contra el mayor número de legítimos ódios si más vivos hubiesen sido los colores de mi paleta y más altas mis cualidades de escritor descriptivo.

Lástima grande que el señor Ripollés no haya asociado las peregrinas flores de su musa festiva al cuadro boceto que nos ocupa, en vez de salirse armado de todas armas por el campo de la fantasía á malgastar sus esfuerzos y la virilidad de su inteligencia en una faena tan estéril como innecesaria, pues aquí no hay entuerto alguno que merezca esas vanas acometidas, demostrando no estar al toque de la cuestión, y de haber olvidado los latidos de su madre patria á fuerza de pasar grandes temporadas ausente de ella, sin tomarle el pulso ni sentir el constante calor que exhala su fecundo y amoroso pecho, calor cuya intensidad solo la podemos apreciar nosotros que gozamos con su contacto y sufrimos con sus penas y nos regocijamos con sus alegrías.

Nosotros, sí, que estamos hartos de ese tipo, *castellanero* que mata cuantos proyectos se inician en honor y gloria de este suelo bendito; que combatimos sin tregua ni descanso contra ese espíritu frío y egoísta, negro enemigo de nuestros progresos y cuya cabeza sepultarán á la postre sesenta codos bajo tierra los buenos castellanenses, para que no aparezca nunca, ni el menor de sus restos, sobre la superficie.

Ese tipo es el que debe levantarse y se levanta enfurecido y protesta de nuestros trabajos que son su ruina y su descrédito y se retuerce, y en su infinita pequeñez nos asaeta con sus picadas de víbora, pero no el señor Ripollés que se asombra como via-

jero que desde la Meca se dirige á los climas boreales, y por un fenómeno de espejismo vé todo el país boca abajo, y es tanta su buena fé que toma la cima de los montes por su falda y la copa de los árboles por su tronco, alucinacion de la cual se ríen los naturales del país, á quienes la costumbre ha hecho comprender en que se funda el fenómeno que invierte el órden de los objetos.

Vuelva el señor Ripollés al abandonado suelo que tanto ama y venera, y aquí aprenderá á saber quiénes son los castelloneros y quiénes los castellonenses, quiénes son los malos y quiénes son los buenos, porque esto es cosa que no se vé muy bien desde léjos; la herida del aguijon es la que dá á conocer la presencia de la avispa, y nosotros, amigo Ripollés, tenemos ya el cuerpo lacerado.

Déjese de inútiles declamaciones que no es tiempo de ellas Aun hay pátria feliz y llena de vigores que convertirá la triste elegía en victoriosos cantos de triunfo.

Venga y ayudemos á quebrantar la cabeza de la serpiente.

José Fola Iguarbié.

Seccion Científico-Literaria

En el álbum de la señorita D.^a Clementina Meifren

No hay razon alguna para que la educacion de la mujer difiera en lo esencial de la del hombre. La educacion que es buena para la naturaleza humana, lo es para aquella, como parte muy principal que contribuye eficazmente al bienestar y armonía de la familia. En lo intelectual, como bajo otros conceptos, debe ser un auxiliar para el hombre.

Las absurdas preocupaciones de los tiempos caballerescos ejercen todavía un funesto influjo en el carácter y suerte de la mujer: los hombres no son urbanos con ella, sino galantes; no obran bajo el supuesto de que tiene iguales hábitos y carácter que el hombre, de que reflexiona, raciocina y juzga; sino como corresponde á un sér que nos gusta, y á quien el hombre tiene necesidad de agradar. Realmente: no encuentro en esto bondad ni urbanidad, sino egoismo.

La urbanidad exige respeto á la inteligencia de la mujer.

B. Montiel.

CONTRASTE

SONETO

Bajo el peso de rudo sentimiento
La cabeza volcánica abatida,
Contaba ayer las horas de mi vida,
De infortunio tenaz, al golpe lento:
Quise quejarme, y me faltó el aliento;
Quise llorar, y en breve reprimida,
No encontró ni una lágrima salida.
Que acallase la voz del sufrimiento.
Alcé los ojos, y en alegre escena
La juventud, la dicha y la hermosura
Agitarse miré de encantos llena,
Y fué mayor entonces mi tortura,
Pues solo sirve la alegría agena
A doblar del que sufre la amargura.

S. S.

RIMAS

I.

Cuando la mujer su honor
Vende, y pierde la inocencia,
Firma su misma sentencia
Que la relega al dolor.
¡Y la sociedad cruel
Que tan de justa se precia,
Mientras á ella la desprecia,
Inícuo, le aplaude á él!

II.

No se aprecia en este mundo
Por el alma á las personas,
Sino, con fácil engaño,
Por el valor de sus ropas.

Por esto más que el amor,
Y todo buen sentimiento,
¡Tienen valor en la vida
El raso y el terciopelo!

José Martínez Medina.

¿OYES?...

¿Oyes del mar el plácido murmullo
Que en las calladas noches se levanta
Para perderse luego entre las nubes
Que de azul cubren la desierta playa?...
¿Oyes del viento el suspirar doliente
Brotando del fragor de la enramada?...
¿Oyes la triste, dulce barcarola
Que entona el pescador allá en su lancha?...
Pues si turban tu sueño estos sonidos
Y asoma á tus pupilas una lágrima,
No dudes, no vaciles, es que escuchas
El canto de mi alma.

M. Simeno Laplace.